De aquí resulta que el Cristo no vivió solamente en tiempo de Tiberio en Galilea, sino que vive tambien realmente siempre y en todas partes, aunque de una manera distinta, y está mezclado con la humanidad en todas las evoluciones de sus destinos.

Lo que hizo despues de su resurreccion, apareciéndose, á pesar de estar cerradas las puertas, á sus apóstoles juntos, lo hace en todos los sitios donde se hallan cristianos congregados en su nombre, segun los ritos señalados por su Iglesia, y en cumplimiento de la promesa que á ésta hizo de estar con ella hasta la consumacion de los tiempos. La realidad de su presencia personal sobre los altares del catolicismo, precisa mas todavía esta perpetuidad, estendiéndola hasta sobre el acto capital de su mediacion, el sacrificio de la cruz, del cual nos hace participar en todos los tiempos y lugares. Doblemente asegurada esta presencia de Jesucristo en la institucion de la Iglesia y en el sacramento de los altares, imprime á todas las solemnidades del culto católico una realidad correspondiente á los sucesos de su vida que de ellas son objeto. Cada uno de estos grandes sucesos se universaliza y perpetúa como su persona: es mas que una conmemoracion, es una representacion, ó mejor, una estension permanente de su ecsistencia, que ya en el tiempo hace sentir su eternidad, y solo se reviste de una apariencia periódica para prestarse á nuestra mutabilidad.

Las oraciones y ceremonias de la Iglesia hacen revivir respecto de nosotros esos sucesos. El punto de vista en que aquella nos coloca no es retrospectivo, sino directo é inmediato. En *adviento* nos recuerda con anticipacion el nacimiento del Salvador, y nos va preparando para él, como se preparaban los patriarcas y los profetas; evoca los siglos anteriores y los hace suspirar de nuevo por el Deseado de las naciones, y cuando ha llegado el momento de este suceso tan esperado, cuando ha sonado la hora nocturna, nos hace escuchar los cánticos de los ángeles del cielo, y nos convoca al rededor de la pobre cuna con los pastores, para ir á ver y adorar en ella al *pequeño infante que para nosotros ha nacido*, y para hacerlo nacer en nuestras almas. Mas adelante hace brillar la milagrosa estrella, y nos conduce á Belén con los reyes del Oriente, para hacernos participar de los sentimientos que á ellos los animan y de las gracias que allí reciben. Empiézase la *Cuaresma*, y nos asocia á la vida penitente del Hombre-Dios, y nos dispone para seguirle hasta el Calvario. La Semana Santa completa y recoge estas disposiciones, nos identifica con todos los sufrimientos de nuestro divino modelo, nos obliga á acompañarlo en todas las estaciones de su suplicio, y entre los ecos de las antiguas profecías que lo anunciaron, de las lecciones y homilías que lo esplicaron, renueva el cuadro, ó mas bien la accion misma de aquel gran sacrificio, que todo lo consumó, y por cuyo medio recibió la tierra el ósculo del cielo. Lo mismo podriamos decir de las fiestas de Pascua, de Pentecostés y de las demás.

Sobre este fondo, y para desarrollar en nosotros su inteligencia y su sentimiento, para impregnarnos por todas nuestras facultades, por todos nuestros sentidos, por todos nuestros poros, si nos es permitido decirlo así, de los ejemplos y virtudes de Jesucristo, y reformarnos á su imágen, emplea la Iglesia cánticos, ceremonias y pompas de un admirable efecto, y cuya incomparable belleza, segun confesion de todos, da sensible testimonio de la verdad de la cual es esplendor.

4.° Las fiestas de los santos y el recurso de su intercesion, la conmemoracion de los difuntos y el alivio que nuestras oraciones les causen en el seno de sus expiadores sufrimientos, son objeto de las demás solemnidades.—Las grandes verdades de la inmortalidad del alma, de la justicia divina, de la solidaridad de las faltas y de la reversibilidad de los méritos, de la sociabilidad humana en lo que tiene de mas imprescriptible y de mas sublime, es decir, todo lo que constituye la dignidad, la grandeza, la virtud y la felicidad del hombre, aun acá en la tierra, toma en estas solemnidades las formas y los acentos mas patéticos y penetrantes. ¿Qué fragmento de filosofía, de elocuencia, de poesía y de música puede compararse con el DIES IRÆ por ejemplo? ¡Qué religion mas bella que la que hace una obligacion del *recuerdo* y una virtud de la *esperanza*, y que los consagra y vivifica con ritos tan tiernos y morales! Los antiguos embalsamaban los cuerpos de los muertos; el catolicismo los embalsama en memoria é impide que se corrompan y desvanezcan, rodeándolos de sus conmemoraciones, de sus oraciones y de sus eternas esperanzas. ¡Cosa admirable! El catolicismo amortigua el primer golpe del dolor que nos causa la separacion de los seres que nos son queridos, y nos los recuerda cuando los hemos olvidado; perpetúa la pena que sentimos por su pérdida, al mismo tiempo que la consuela; quita á la vez á nuestro duelo lo que tiene de demasiado sombrío y de demasiado fugitivo. Además, ¡qué espectáculo tan encantador el de aquella inmensa ciudad de los espíritus, con sus tres órdenes siempre en comunicacion! El mundo que *combate* ofrece una mano al mundo que *sufre*, y toma por medio de éste la del mundo que *triunfa*. La accion de gracias, la oracion, las satisfacciones, los ausilios, las inspiraciones, la fé, la esperanza y el amor circulan del uno al otro como rios bienhechores. Nada hay aislado, y los espíritus, á la manera de láminas de un haz magnético, tienen todas sus fuerzas propias y participan de las de todos los demás (1).

Es menester convenir en que estuvo muy desgraciada la heregía suprimiendo cosas tan divinas, y que con sus mismos ataques ha hecho sentir toda su verdad, toda su belleza.—El culto de los santos, dice, es idolátrico, es una defraudacion de la gloria que solo es debida á Dios y al mediador Jesucristo. —Unicamente la ignorancia era capaz de formar una objecion semejante. ¿Quién ignora que el culto católico de los santos consiste únicamente en pedirles, no que ellos nos dén nada, sino que *pidan á su vez por nosotros* al único Autor de todos los do-

(1) De Maistre.

nes? ¿Quién ignora que este culto mira á los santos en el cielo como *intercesores* y *suplicantes*, y que por consiguiente *realza* la grandeza de Dios, *refiere* toda su gloria á su gloria, es decir, hace precisamente todo *lo contrario* de lo que se le quiere echar en cara?—En cuanto á las oraciones por los muertos, destruyen, se dice, la doctrina de la predestinacion, que no permite admitir ninguna *indulgencia* en el corazon de Dios por su criatura, *fatalmente* salvada ó condenada, segun el estado en que la muerte la haya conducido á su tribunal.—Pero ¡qué! ¿esta misma doctrina no ahoga la misericordia, no menoscaba la justicia, no ultraja la santidad de Dios?.... ¿No es Dios un padre? ¿Ha olvidado acaso que nos formó del polvo? ¿Puede su triple santidad aliarse con nuestras impurezas?.... La razon, el corazon, todo se rebela, todo protesta, y las mismas piedras de los sepulcros se sublevan contra esta doctrina, tan cruel é insensible como el orgullo de donde procede.

Lejos de disminuirse la gloria de nuestro divino mediador Jesucristo con el culto de los santos y de los muertos, se la honra y enaltece de la manera mas formal. A él es á quien honramos en sus miembros, celebramos en sus santos el triunfo de su gracia, y aplicamos la virtud de su sacrificio á los vivos y á los muertos. Jesucristo es como un océano del cual fluyen y al cual refluyen todos los méritos, y el foco mediador por el cual pasan todas las oraciones y gracias entre Dios y nosotros. *Por nuestro señor Jesucristo que vive con nosotros en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos:* tal es el motivo por el cual se terminan y *se señalan*, por decirlo así, todas nuestras oraciones.

5.° En fin, *las prácticas* de devocion acaban de insinuar y de nutrir en el corazon las inspiraciones de piedad y de virtud que el culto habia hecho ya nacer, y en este sentido se unen y forman parte de él.

Las palabras *prácticas de devocion* escitan una sonrisa de superioridad en ciertos espíritus; pero es mas fácil burlarse de las prácticas de devocion, que prescindir de ellas cuando se quiere ser completamente virtuoso.

Oigamos á Franklin, á quien no se acusará sin duda de poco filósofo. He aquí lo que dice este hombre célebre en sus memorias, destinadas á la instruccion de sus hijos: "Aun cuando conocia yo ó creia conocer el bien y el mal, ignoraba por qué no siempre podia hacer el uno y evitar el otro; pero muy pronto advertí que habia emprendido un camino mas difícil de lo que me habia figurado. Mientras ponia toda mi atencion y cuidado en preservarme de una falta, con frecuencia caia sin advertirlo en otra. El hábito se prevalia de mi inadvertencia, ó las inclinaciones podian mas que mi razon. *Al fin comprendí*, que aunque estemos especulativamente persuadidos de cuánto nos interesa el ser *completamente virtuosos*, esta conviccion es insuficiente para prevenir nuestros falsos pasos; que es necesario *romper* con los hábitos contrarios, adquirir los buenos y *afirmarse* en ellos, antes de poder contar con una constante y uniforme rectitud de conducta." Despues de este preámbulo, da cuenta Franklin del *método* que se habia prescrito, el cual consistia en un *ecsámen diario* de su conciencia, y para facilitar este ecsámen, en la conservacion de un *pequeño libro*, donde, bajo el epígrafe de cada virtud, anotaba sus faltas y su enmienda. Este *pequeño libro* tenia por epígrafe varios testos que se referian á Dios. Dice que para implorar su asistencia juzgó necesario componer y poner al frente de sus tablas una oracion, para servirse de ella todos los dias; habia hecho un plan para el empleo de las veinticuatro horas del dia natural, y su esposicion concluye con estas notables palabras:

"Acaso convenga á mi posteridad saber que á este pequeño trabajo y á la ayuda de Dios debió su abuelo la constante dicha de su vida, hasta la edad de setenta y nueve años, durante los cuales se escribió. Me habia propuesto hacer un pequeño comentario de cada una de las virtudes, y hubiera titulado mi libro: *Arte de la virtud:* un método para bien conducirse vale mas que una simple ecshortacion, que se parece al lenguaje de quien, para servirme de la espresion de un apóstol, no tiene mas caridad que en las palabras, y que, sin señalar á los que *están desnudos y tienen hambre ningun medio para proporcionarse vestidos y comida, los ecshorta á vestirse y alimentarse.*" (1)

El *método* que queria Franklin escribir y que hubiera presentado como el *Arte de la virtud*, nos lo da la Religion en las prácticas que nos recomienda. Por otra parte, los preceptos de la Religion son mas eficaces y seguros que podrian serlo los consejos de un simple particular sin carácter y sin mision.

Los que se mofan de las prácticas devotas se parecen á los que siguen la direccion del agua, y que, arrastrados con violencia por la corriente, se burlan de los que queriendo vencerla se agarran de los arbustos de las márgenes. Entre estas dos clases de personas ecsiste la misma distancia que separa á los que se conocen de los que no se conocen, á los que quieren adelantar en la virtud de los que solo aspiran á estacionarse en el punto en que su natural los inclina, es decir, en el que nada tienen que hacer. Los primeros, esto es, los devotos, son verdaderos filósofos, porque *se conocen á sí mismos y aspiran á la sabiduría.* Nada de cuanto puede ayudarles á marchar por los caminos de la virtud es para ellos pequeño. Lo que es pequeño es el ignorar que uno lo es, ó el resignarse á serlo, el ser grande á sus propios ojos, pues entonces ni siquiera se tiene idea ni sentimiento de la verdadera grandeza. Las prácticas de devocion desarrollan y alimentan en nosotros esta idea y este sentimiento, por lo mismo que despiertan en nuestro interior el de nuestra debilidad. "Los movimientos religiosos, dice un gran talento, como las procesiones, las genuflecsiones, las inclinaciones del cuerpo y de la cabeza, las peregrinaciones y estaciones, no carecen de efecto ni de importancia; disponen el corazon á la piedad y doblegan el espíritu á la fé. Para ser piadoso es me-

(1) *Vida de Franklin, escrita por él mismo*, t. II.

nester hacerse pequeño. Por esto se dice que la piedad nos anonada en la presencia de Dios:" (1)

El mismo moralista dice además: "Es preciso ser religioso con naturalidad, candor y sencillez, y no dándose importancia y por buen tono, grave y matemáticamente." (2)

No consiste la oracion en el movimiento de los lábios y en la posicion de las rodillas ó de las manos; debe ser una afectuosa esclamacion y como una evaporacion del alma hácia su Autor; y en este sentido la oracion mental ó inarticulada es la mejor y la preferible. Pero, ¿quién ora así desde luego y cuando quiere? ¿Quién pasa de repente de la disipacion al recogimiento, y de la tierra al cielo, sin transicion y sin preludio? . . . . La oracion oral y todo cuanto se refiere á ella, el tiempo, el lugar, la repeticion, los signos, la misma posicion del cuerpo etc., constituyen precisamente esta transicion, este preludio, y, por decirlo así, la *gimnástica* sagrada de la oracion: como el águila, saliendo del vallado, agita sus pesadas alas y azota la densa atmósfera, hasta que llegando á las regiones elevadas descansa inmóvil en el azul del cielo.

Pero ¿no vemos con frecuencia, dicen, que el uso se convierte en supersticion, y que esta sustituye fácilmente á la piedad?

Es verdad, lo confesamos; puede haber abuso en esto, y lo hay acaso algunas veces; pero una vez reconocida la escelencia del uso, ¿qué prueba el abuso, y qué es lo que podria quedar en pié si valiera semejante objecion? El hombre abusa de todo, y principalmente de lo mejor: solo del mal no abusa.

Además, es necesario tener presente una observacion: las prácticas devotas no engendran en nosotros esta disposicion á la fé ó á la supersticion, pues ecsiste ya por sí misma esencial y naturalmente en todos los hombres. Abandonada á sus propias inspiraciones, esta disposicion se estraviaria mucho mas y degeneraria muy pronto en las monstruosas inepcias, contra las cuales no podrian garantirse los mejores talentos, desde el momento en que su contagio se hubiese desarrollado á su rededor. Las prácticas devotas previenen cabalmente este desbordamiento de supersticion, arreglando y aplicando á su verdadero objeto la disposicion que le da orígen; y en este sentido puede decirse que la fé católica, la devocion católica, son como las *calzadas* que han poderosamente facilitado el progreso de las luces, impidiendo la vuelta á las tinieblas del paganismo, y cuyo ausilio es tanto mas necesario á los hombres, cuanto mas elevados son. Nos hemos propuesto desenvolver mas adelante este pensamiento, en capítulo especial; entonces se verá indudablemente que no nos faltarán autoridades y ejemplos en que apoyarnos, y que no nos costará gran trabajo el encontrarlos. Bástenos por ahora haber indicado tan importante verdad.

Por otra parte, la objecion del *abuso* nos reconduce á nuestro objeto preciso, dándonos ocasion para hacer notar la gran sabiduría del cristianismo en prevenir el abuso de sus propias prácticas.

Dos son las clases de abusos que en estas prácticas pueden mezclarse: la primera es el dar una importancia demasiado esclusiva á las prácticas buenas y autorizadas en sí mismas; la segunda es de mezclar con ellas otras prácticas malas ó pueriles.

En cuanto á la primera clase, nada hay mas enérgico en el Evangelio ni mas formal en su predicacion católica, que la reprobacion con que se la condena. Con mucha frecuencia oimos en nuestros púlpitos aquellas palabras del Salvador. "No son los que dicen *Señor, Señor*, los que entrarán en el reino de los cielos, sino los que hagan la voluntad de mi Padre.—¡Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagais el diezmo de la cuenta, del aneto y del camino, y no haceis caso de lo que hay mas importante en la ley, esto es, la justicia, la misericordia y la fé!—Es necesario practicar estas cosas *sin omitir por esto las demás.*"—"Romped vuestros corazones y no vuestros vestidos, etc." Con tan enérgica autoridad, nos recuerda incesantemente la doctrina católica que nada son las prácticas sin las disposiciones del corazon, y que su observancia no seria nunca un medio para alcanzar la salvacion, si no tuviera por principio una sincera y franca piedad. El solo nombre de *supererogacion*, inventado espresamente en el lenguaje católico para caracterizar estas prácticas, atestigua claramente esta sabiduría de la religion en prevenir su sustitucion, ó su ninguna confusion con los actos de la verdadera virtud.

Por lo que respecta á la segunda especie de abuso, que consiste en introducir en el culto prácticas malas ó pueriles, es menester que admiremos que jamás ha podido acreditarse, y que en la actualidad, después de haber atravesado diez y ocho siglos de preocupaciones, de errores y de tinieblas, no contiene el culto católico ninguna práctica que tenga que ocultarse ante el brillo de nuestra civilizacion, ó mas bien, de que no pueda vanagloriarse como dictada por un profundo conocimiento del corazon humano, y honrada por el ejemplo y el sufragio de los mas esclarecidos talentos. Y no porque el talento humano haya dejado de procurar introducir sus insensatas concepciones en este culto; pero el espíritu de celestial sabiduría las ha siempre rechazado. Jamás han podido mezclarse en él y sorprender su asentimiento, ni siquiera su tolerancia. "Las preocupaciones, como dice Fontenelle, no son por sí mismas comunes á la verdadera y á las falsas religiones; pertenecen necesariamente á las que son obra tan solo del espíritu humano; pero en la verdadera religion, que es obra de solo Dios, todo cuanto este mismo espíritu le añade de nuevo carece de fundamento, pues no es capaz de añadir á la obra de Dios nada que sea real y sólido." (3)

Observad además la discreta conducta de la Iglesia y con qué prudencia, con qué aplomo y sabiduría obra en este punto como en todos los demás. No

(1) *Pensamientos, Ensayos y Mácsimas de Joubert*, t. I.
(2) *Id. id.*

(3) *Historia de los oráculos.*

todas las prácticas que en el catolicismo están en uso tienen para ella igual importancia. Prescribe algunas como el ayuno y la abstinencia en tiempos señalados; aconseja otras como el rezo del rosario; autoriza otras como el culto de la inmaculada Concepcion, y tolera, en fin, otras que nada tienen de malo ni peligroso en sí mismas, cuyo uso puede justificar la pureza de la intencion, y que habria mas esposicion que provecho en desarraigar. Pero nunca cede á prácticas vituperables, y está animada y anima á los demás de un espíritu de amor y de libertad que *dispensa* de las mismas prácticas que prescribe, cuando no tienen parte en su abandono la negligencia ó el desprecio.

Sentimos no podernos estender en algunos detalles y demostrar toda la razon y verdadera filosofía que encierran nuestras mas humildes prácticas de devocion; citaremos tan solo las siguientes palabras de un grande orador con motivo de una de ellas: "Una cosa que llegue á la perpetuidad y á la universalidad, encierra precisamente una misteriosa armonía con las necesidades y destinos del hombre. El racionalista se sonrie al ver pasar grandes hileras de personas que van repitiendo una misma palabra: el que está ilustrado por una luz superior comprende que el amor no tiene mas que una palabra, y que aun recitándola siempre no la repite jamás." (1)

El que *está ilustrado por una luz superior* comprenderá igualmente cuán lijero es el yugo de la piedad cristiana, y cuánta suavidad, cuánta fuerza y contentamiento dan á la ecsistencia sus prácticas, tan áridas y pesadas en apariencia.

"Escucha, hijo mio, dicen los libros santos, y recibe un consejo de entendimiento, y no deseches mi consejo. Mete tus piés en sus cepos, y tu cuello dentro de sus argollas. Somete tu hombro y llévala, y no te sean desabridas sus prisiones. Con todo tu corazon llégate á ella, y con toda tu fuerza guarda sus caminos. Rastréala, y te se manifestará, y teniéndola ya contigo no la dejes; porque en las postrimerías hallarás reposo en ella, y te se convertirá en contentamiento. Y te serán sus cepos en defensa de fortaleza, y bases de virtud, y sus argollas en estola de gloria; porque en ella está la belleza de la vida, y sus prisiones son ligaduras de salud. Te vestirás de ellas como estola de gloria, y la pondrás sobre tí como corona de regocijo." (2)

III. Para completar este rápido bosquejo de un asunto que ecsigia por sí solo una obra especial, faltarianos hablar de la parte mas sensible del culto católico, la parte estética, por la cual se refiere á las bellas artes; pero los maestros del gusto han tratado ya esta materia con una superioridad que nos arredra. No obstante, la profunda conviccion que hasta aquí ha sostenido nuestras fuerzas nos anima á hablar algo sobre este punto. Como carecemos de pretensiones de ninguna clase, desconocemos tambien el temor, y mas bien queremos someter al juicio del lector algunas observaciones privadas, que discurrir sobre el arte. Además, sucede con las bellezas lo que con todas las grandes y verdaderas bellezas: todo el mundo puede hablar de ellas, porque ellas hablan á todo el mundo.

Elevando al hombre el cristianismo, como ya dijimos, elevó todas las cosas que están bajo su imperio. Una vez introducido en su corazon, se estendió á todas sus facultades, á todas sus relaciones, y á todo este mundo esterior que anima con su genio. Todo lo atrajo á sí. Por medio de su doctrina y de su moral, se apoderó de las ideas y de las costumbres; por medio de estas últimas, de las bellas artes que son sus órganos prácticos; y por medio de las bellas artes, de la materia que las sirve de alimento y que á su vez quedó rehabilitada, *cristianizada*. En una palabra: ha sucedido en el órden de la revelacion lo que en el de la naturaleza: lo invisible se ha reflejado en lo visible, y el cristianismo ha criado una *nueva tierra* al revelar *nuevos cielos*.

Siguiendo este plan de observacion, la primera cosa que se presenta, y la única en la que la distribucion de nuestro asunto y de nuestras fuerzas nos permite entrar, es la arquitectura, este arte rey, como dice con razon Víctor Hugo.

La arquitectura de nuestras basílicas, respira del modo mas ingénuo y atrevido el espíritu cristiano. Es *el pensamiento cristiano edificado*. Por esto hay un abismo entre esta arquitectura y la arquitectura antigua.

El primer carácter que distingue á estos edificios es la direccion hácia lo alto, su elevacion. La arquitectura antigua ocupaba mucho sitio, pero era en su estension horizontal. Parece como que las miradas del hombre no se dirigiesen entonces hácia el cielo. Levantando el cristianismo estas miradas, debió levantar al mismo tiempo la bóveda de sus templos. Semejante intencion está de manifiesto. Las torres y las agujas de nuestras catedrales nos obligan hasta cierto punto á apartar nuestros ojos de la tierra, y á enderezar por encima de ellas nuestras miradas hácia un mundo superior.

El cristianismo conservó el género griego, pero lo modificó de una manera muy notable en este mismo sentido. Sopló ante sus bóvedas, y salió de ellas la cúpula. Cuando Miguel Angel esclamó al ver el panteon: "Yo lo pondré en los aires," estaba animado por el genio cristiano, y la fé cristiana, esa fé á quien se prometió que trasladaria las montañas, se le hizo ejecutar.—El pensamiento cristiano se desarrolló principalmente en la arquitectura tan impropiamente llamada *gótica*.

La lijereza y osadía, ó por mejor decir, la *fuga* de todas sus direcciones, espresan en el mas alto grado el desprendimiento, la fé, la esperanza, la reascension de nuestra naturaleza. En el género griego las columnas sostienen el edificio; en el gótico son sostenidas por él. Sus pequeñas dimensiones aumentan el efecto de su elevacion. Esas columnitas en haz (viva espresion católica de la pluralidad en la unidad) se desprenden como flechas que nada detiene y que parten para no volver. No tienen capiteles ni cornisa, y van á perderse entre

(1) Lacordaire, *Vida de Santo Domingo.*
(2) Eclesiástico, cap. VI. v. 24 al 32.

las bóvedas, sin detenerse en ningun punto. Y ¿qué carácter tan notable no presentan estas mismas bóvedas? En la arquitectura antigua la bóveda es una línea cimbrada que vuelve á caer por ambos lados y descansa sobre las cornisas: en la gótica, son dos líneas que se cortan en su remonte, dos parábolas que se cruzan y no vuelven jamás á encontrarse. De aquí es que las ogivas añaden á la elevacion ya prodigiosa del edificio, una elevacion imaginaria é indefinida que espiritualiza las miradas, y que espresa con marcada energía la tendencia instintiva del cristianismo. Parece como que comunica á la misma piedra la impaciencia de la tierra y el ansia de los cielos.—Las partes bajas por oposicion á la nave concurren tambien á hacer resaltar su elevacion. Multiplicando los intercolumnios y las aristas ojivales, y variando á cada paso su cruzamiento, ofrecen á la imaginacion un dédalo misterioso en el cual se le despierta el sentimiento del infinito.—Este sentimiento es principalmente alimentado de esos innumerables calados y adornos que embargan la atencion, que parecen purgar enteramente la piedra de su naturaleza bruta, y hacer del edificio menos una construccion material que una petrificacion espiritual. Las significaciones teológicas que en ella se hallan representadas y parecen animarla, aumentan la ilusion; diríase que es el mundo invisible, sorprendido en sus misterios y atrayendo hácia sí nuestro corazon como una hermana.—¿Qué diremos de esa multitud de capillas y de asilos tan favorables á la meditacion, á la penitencia, al respeto y al amor, y que convidan al corazon fatigado á descansar, á aislarse de los hombres y á gozarse en Dios?—Finalmente, el mágico efecto de las vidrieras, sus hermosas pinturas, sus místicas representaciones, parecen arrojar sobre todo lo demás una luz sobrenatural; y cuando el sol, al salir ó al ponerse, las atraviesa con sus rayos, se matiza con sus colores y los esparce por todo el edificio, parece que estamos viendo aquella Jerusalén celestial de que habla el apóstol, radiante de oro, de rubíes y demás piedras preciosas.

Tal es la arquitectura cristiana. Contrasta tan notablemente con los tipos de la arquitectura antigua, que constituye una verdadera creacion. No somos de los que desprecian las bellezas de aquella cuando se halla encerrada en sus dominios, y cuyo gusto está limitado por su admiracion demasiado esclusiva por todo lo gótico; pero es menester convenir en que la arquitectura antigua no se enlaza mas que con ideas terrestres, sensuales, limitadas y mezquinas. Se fija en la tierra y se pega á ella como si esta fuera su única patria. Su simétrica regularidad, la pureza de sus líneas y esa armonía de conjunto que se percibe de un solo golpe de vista, que por todos lados satisface á los ojos y nada deja que desear, que adivinar, espresan el contentamiento de lo que es, el bienestar absoluto, el reposo y la satisfaccion actual: nada superior, nada mas allá. Por esto conviene perfectamente esta arquitectura á un teatro, á una bolsa, á un palacio de grandes; pero hiere, atormenta, insulta al dolor, á la fé, á la esperanza, al sacrificio, á la inmortalidad, á todas esas tendencias espirituales y morales cuyo fin no está en la tierra, y cuya satisfaccion hace al hombre grande, divino. La arquitectura gótica, al contrario, se armoniza maravillosamente con todas estas tendencias; las espresa y las inspira. Su inclinacion hácia el cielo, la fuerza y ligereza de su vuelo, lo indeterminado de todas sus direcciones, la infinidad misteriosa y cambiante de sus perspectivas, esa *vastedad sombría*, como dice Montaigne, y esos ecos prolongados é inmensos, todo en ella espiritualiza el alma, rompe sus ligaduras terrestres, y la hace esperimentar cierto presentimiento misterioso de un mejor porvenir, que le parece no bastar á pagar todas las virtudes.

Pero ¿cómo podria dejar de inspirar estas ideas y estos sentimientos la arquitectura cristiana, cuando ella misma es su producto mas espontáneo y mas ingénuo? Los templos griegos espresan el gusto individual comprado por el poder; las pirámides de Egipto, la fuerza bruta y servil; nuestras catedrales respiran la fuerza espiritual, colectiva, social, empleada libremente en una obra de predileccion. Se siente circular en su seno una mística sávia, sacada de las entrañas de la fé católica. Diríase que no son las manos, sino las ideas las que las edificaron, que sus piedras se animaron al soplo de la fé de todo un pueblo, y que se ordenaron por sí mismas al compás de los sagrados cánticos, cuyos ecos se complacen en repetir.

He aquí una pintura de su ereccion, que nos ha sido trasmitida por un contemporáneo, y que parecerá fabulosa en nuestros tiempos: "¿Quién oyó jamás [escribia en 1145 el abad de San Pedro, superior de un monasterio en Normandía, que vió elevarse una magnífica catedral en el sitio que ocupaba su modesta iglesia], quién vió á príncipes, señores poderosos en el siglo, guerreros y delicadas mugeres doblar su cerviz bajo el yugo, al cual se dejan uncir como bestias de carga, para acarrear pesos enormes? A miles los vemos á veces arrastrando una sola máquina sumamente pesada, y trasportando á grandes distancias trigo, vino, aceite, cal, piedras y otras cosas para los obreros. Nada los detiene, ni las montañas, ni los vallados, ni aun los rios; los atraviesan como en otro tiempo el pueblo de Dios. Pero lo maravilloso es que estas cuadrillas innumerables marchan sin desórden y sin estrépito.... solo se oyen sus voces á una señal dada, y entonces entonan sagrados cánticos ó imploran perdon por sus pecados.... Llegados á sus destinos, rodean los cofrades de la iglesia, y permanecen al rededor de sus carros como soldados en su campo: al anochecer encienden cirios, entonan la oracion y van á colocar las ofrendas sobre las reliquias sagradas; despues los sacerdotes, todos los eclesiásticos y el pueblo fiel, se vuelven cada uno á su lugar, marchando á compás, salmodiando y orando por los enfermos y los afligidos." (1)

Profanos herederos de estos monumentos de la fé de nuestros abuelos, si no sabemos reproducirlos,

(1) *Haimo Abb. S. Petri super divam.* [Véase á Mabillon, *An. Ord. S. Bened.*, t. VI.]

sepamos al menos conservarlos, venerarlos, amarlos y visitarlos con el mismo espíritu que los construyó y que los llena todavía de su magestad. Oigamos la voz que sale de sus bóvedas, de sus pilares, y de sus baldosas gastadas por la oracion: es la gran voz de los siglos pasados, la voz de las generaciones santas, que despues de haberlas erigido en medio de los trasportes de su fé, se fijaron en ellas esperando su inmortalidad, y que parece que andan aún errantes entre nosotros, invisibles, y que quieren obligarnos á adorar á ese mismo Dios que constituyó entonces toda su fuerza, que es ahora su recompensa, y á quien debemos algun dia dar estrecha cuenta de nuestra infidelidad.

"No entramos nunca en las iglesias católicas, dice Mma. de Staël, sin esperimentar una emocion que produce en el alma un bien muy grande, y le da, como por una ablucion santa, fuerza y pureza." (1)

No hay ninguna alma tan degenerada que no haya esperimentado esta verdad, y hasta las ha habido que se habian resistido á las pruebas mas directas de la verdad cristiana, y que cedieron á esta saludable impresion por habérselas inoculado al entrar en alguna iglesia un gérmen de fé, que tarde ó temprano debia producir su conversion.—Permítasenos citar un ejemplo.

Hegesipo Moreau, aquel nuevo Gilbert, aquel verdadero poeta de quien se dijo en la tribuna nacional que habia muerto de una manera vergonzosa.... para la Francia, no para sí mismo, habia traspasado los últimos límites de la impiedad, y se habia mofado de las cosas mas santas, segun él mismo confiesa y lo prueba además la coleccion de sus poesías. Una tarde, durante sus insensatas disipaciones, pasaba por delante de una iglesia desierta y entró en ella. Lo que allí esperimentó nos lo refiere él mismo en un fragmento titulado: *Un cuarto de hora de devocion*, fragmento que no puede considerarse como un tema fantástico, sino como la espresion del sentimiento de un corazon ingénuo en el lenguaje natural de un gran poeta.

Dice así:

En antiguo templo entré
Sin intenciones de orar,
Porque mi perdida fé
Ya me veda el suspirar...
Y no obstante suspiré.

¡Ay! á mis catorce abriles
Vestí de cándido lino,
Y mis labios infantiles,
Entre incensarios y atriles
Loaban al Ser divino.

Pero despues, arrastrado
De perniciosos ejemplos,
En escriba trasformado,
De Jesus he blasfemado
Y profanado sus templos.

Cuando del pueblo la hez
Su santa cruz arrastraba,
Yo, como Pablo, á mi vez,
Niño, las capas guardaba
De aquella turba soez.

Pierdo mi razon turbada
En las dudas que concibo:
Cual paloma descarriada
Sobre las aguas lanzada,
En vano busco el olivo.

¡Oh Dios! [si es que Dios ecsiste]
Si por el humano ser
Acaso piedad sentiste,
¡Ven á consolar á un triste,
Y haz que pueda yo creer!

Así decia; y en tanto
Ya la noche á toda prisa
Tendia su negro manto,
Y una bienhechora brisa
Me refrescó con su llanto.

Y yo tambien lo vertí,
Cuando una cosa ignorada
Encontré dentro de mí,
Un resto de fé olvidada,
Que ya perdida creí.

Aquí en mi alma vacía
De todo contentamiento,
Sonó celeste armonía;
Vino el arrepentimiento,
Y tras de él cierta alegría.

Pero alcéme, y al salir
De aquella oscura mansion,
Cesé al punto de sentir;
Disipóse mi ilusion,
Y me hube de sonreir.

Duraba entre nosotros la penosa impresion que nos habian causado estos últimos versos, cuando, recorriendo en una edicion *póstuma* de sus obras una noticia biográfica de Hegesipo Moreau, escrita por uno de sus mas íntimos amigos, Mr. Santa Maria Marcotte, leimos y releimos con un profundo sentimiento de inesperada satisfaccion, una circunstancia de su muerte, que templó la amargura que nos causaba la lectura de otros detalles entre los cuales está mezclada, y que prueba que el Cuarto de hora de devocion habia producido su fruto.

El pasage es el siguiente:

"Yo tambien habia caido enfermo, y como hacia algunos dias que no habia ido al hospital á visitarlo, se levantó, atravesó la calle en una de las mas frias mañanas de diciembre, subió tres pisos y cayó desmayado al entrar en mi habitacion. ¿Era acaso aquella visita nuestro último adios?... No lo sé, pero yo estaba como herido de pasmo: no podia creer que mi amigo debia morir tan pronto. Ocho dias despues me dijo que por la noche anterior habia recibido los ultimos sacramentos: nuestra entrevista fué silenciosa; cuando lo dejé:—Amad mucho á mi hermana, me dijo;—lo abracé y me fuí. Al dia siguiente, el 20 de diciembre de 1838, un criado del hospital vino á mi casa á anunciarme que el núm. 12 acababa de morir."

Es decir, *en el mismo año*, tal vez pocos dias despues del Cuarto de hora de devocion, el Dios que él habia visitado en su templo fué á visitarlo á su vez á él en el lecho de sus dolores, y con él, como con Gilbert, se verificó esta santa promesa:

"Déle el Señor socorro sobre el lecho de su dolor: toda su cama mulliste en su enfermedad." (2)

Tal es la influencia regeneradora que ejerce el cristianismo hasta sobre las almas mas estraviadas, y que aun las mismas piedras de sus templos tienen poder para comunicar.

(1) *De la Alemania*, t. I.

(2) *Dominus opem ferat illi super lectum doloris ejus: universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus.* Ps. XL, v. 3.